

*Écfrasis de Pablo Chiuminatto*  
*Pablo Chiuminatto's Ekphrasis*

Martín Pérez Ibarra  
martin.perez@oracle.com

Debo iniciar este texto con una afirmación necesaria: nunca fui amigo de Pablo Chiuminatto Muñoz. Nos tocó ser compañeros de generación desde el *giardino*, pasando por la educación básica y hasta el egreso de la media en la Scuola Italiana de Valparaíso. Por supuesto, éramos conocidos, parte del mismo curso. Sin embargo, la amistad contempla para mí atributos que no se cumplían entre él y yo.

Pablo vivía en Quilpué, hacia el interior de la Quinta Región, y yo, en el puerto de Valparaíso, hasta dónde él viajaba a diario en tren con su hermana Gabriela para alcanzar el edificio de la Scuola. Descendía en la estación Barón con los estudiantes del interior de la región. Caminaba desde allí hasta la calle Pedro Montt y yo lo veía desde el Peugeot 404 de mi padre cuando cruzaba por San Ignacio. Inmerso en el grupo de quilpueínos, era parte de una cofradía entusiasta que transitaba siempre alegre y ruidosa. Yo quería ser quilpueíno, porque imaginaba que ese júbilo venía de cientos de cosas que conversaban y urdían en el tren, liberados de los adultos. Eso hizo que durante varios años Quilpué fuera para mí un espacio mitológico, epicentro de fabulaciones personales y variados misterios. Valparaíso, Viña del Mar o Reñaca no conseguían ser ni la sombra de lo que yo imaginaba era Quilpué. Y los quilpueínos actuaban siempre en bloque, no solo para peregrinar desde y hacia la estación del tren, sino también en los recreos, o en las argucias para lograr lo que les convenía.

Actuaban como un partido político, o a un equipo de fútbol, en el que Pablo era uno de los integrantes más entusiastas. Para mí, en cambio, llegar al colegio era siempre la misma rutina: pelearse con mis tres hermanos por quién ocupaba el puesto del copiloto en el auto de mi padre. Cuando se atrasaba el tren, ningún profesor reprochaba a los quilpueínos por llegar tarde a la sala de clases. No ocurría lo mismo si mi padre demoraba en el cambio de ruta cuando no se atrevía a ir bombeando los frenos del oxidado Peugeot por la empinada bajada Carampangue del cerro Playa Ancha.

Pablo se sentaba atrás en la sala, donde tenía más libertad para distraerse y conversar. Se llevaba bien con las mujeres y compartió banco por años con Gabriela Gayani, que venía también del interior de la región y era excelente alumna. Yo me ubicaba adelante, con mi eterno compañero de banco, Alvaro Leiva. Ambos más bien callados, ambos más bien correctos.

Cuando tenía alrededor de once años, Pablo me invitó a su cumpleaños. Para mis padres, ir a Quilpué era casi una aventura: un periplo al interior de la región. Me dejaron en la casa de mi compañero y fueron a pasear por la localidad. En el cumpleaños encontré a la gente del tren, esa congregación fascinante a la que quería acercarme. Sin embargo, quedé paralizado al no encontrar ningún amigo. Nadie con quien patear un balón, travesear algún juego tonto, o por último, dirigirle la palabra. Pablo recibió mi regalo y, agradeciéndolo, volvió a conversar con un grupo alegre al que yo me arrimé, pero en el que pronto me sentí ignorado. Si había una fuerza que podía empujarme a socializar, esa tarde no estaba conmigo. Todavía recuerdo la incomodidad que sentí en ese cumpleaños y el haber comido la torta de a pellizcos, haciéndola durar una hora, porque no sabía qué más hacer, ni cómo comportarme, y tampoco se me ocurría algo que decir a esos niños que se divertían entre ellos y solo entre ellos. Sentí alivio cuando regresaron mis padres y nunca volví a ir a un cumpleaños de Pablo. Poco después, recibí la sugerencia paterna de invitarlo al mío, pero él no asistió y yo me sentí feliz de que así fuera, porque mis amigos no se parecían en nada a los suyos.

A Pablo le gustó el arte desde pequeño y era participativo y entusiasta en las clases del *signore* Riquelme, un profesor de artes de la Scuola que venía de la segunda guerra mundial. Recuerdo perfectamente a ese maestro, un tipo malhumorado y estricto. Pablo le mostraba sus obras y él solía decir: “Chiuminatto, manca colore”. El profesor era italiano y había sido impactado por esquiras de granada durante la guerra. Cuando algo le gustaba, se subía la holandilla del pantalón para sobar su pantorrilla. Entonces, nosotros reparábamos en las horribles cicatrices que acarreaba y sabíamos que venía una buena nota. Era como si dijera: “valió la pena sobrevivir para ver esto”, o como si la belleza le doliera en la pantorrilla agujereada. A Pablo le gustaban las tareas artísticas y perseveraba para impresionar al maestro. Hay una historia sobre eso, que ya no sé si es tal y como la recuerdo, pero que estoy seguro salta las vallas de tiempo muy cercana a lo que realmente sucedió. Un día Pablo pintó un cielo que le pareció hermosísimo. Tras examinarlo, el profesor le pidió que vinieran sus padres a hablar con él. Poco después, al verlos llegar, les sonrió y preguntándole al pequeño artista sobre la pintura y sobándose la pierna mala, quiso saber exactamente qué colores había aplicado al cielo. Él respondió lo obvio: azul. Inmediatamente después, habiéndose preparado con diccionario en mano, Pablo explicó que era un azul primaveral, la luz diáfana que permitía ver

la cordillera en una mañana después de las últimas lluvias de invierno. Aquella que acompañaba el florecer de la naturaleza y a las golondrinas al finalizar la estación fría. Sus padres, descompuestos, lo detuvieron explicándole que estaba equivocado. Aquel cielo era mitad lila y mitad café. Entonces, el profesor con un gesto los detuvo, miró seriamente a Pablo y sus padres y, sin ambages, se los dijo: Pablo era daltónico.

Esto sería un dato al margen si no fuera porque él, con su sempiterno entusiasmo, no consideró que esto fuera impedimento para ser pintor. Y siguió y siguió porfiando con las acuarelas y las temperas, aplicando los más extraños colores sobre sus obras. Crecía y pintaba con avidez y con hambre, con pasión incontrolada, lo mismo que una necesidad física, una urgencia. Y el profesor revisaba sus obras sobándose la pantorrilla y controlando gestos que estaban a medio camino entre la extrañeza y la compasión.

En una oportunidad viajamos con el curso a Santiago para ver la obra El Violinista en el tejado. En el bus, Pablo se ubicó al fondo y, desde allí, con un pequeño grupo, iba haciendo ruido, lanzando pullas y buscando hacer barullo. Yo iba sentado solo, más cerca de los profesores, mirando por la ventana. Como castigo, a Pablo le ordenaron sentarse a mi lado y en silencio. Apenas lo miré acomodarse, me pidió cederle el lado de la ventana, cosa que acepté sin reparos. Cuando íbamos a la altura del lago Peñuelas, el bus pinchó un neumático y se tuvo que detener sobre la berma colindante a un bosque de pinos verde y frondoso. Era un lugar idílico. Mientras el chofer y su ayudante se dedicaban a cambiar el neumático, el curso obtuvo un permiso para salir a jugar entre los árboles. Bastó la autorización para que nos agolpáramos en el pasillo del bus y saliéramos en tropel a sacar ventaja del tiempo al aire libre que se nos regalaba. Recuerdo haber saltado desde la pisadera más alta del vehículo para sumarme a los juegos y haber estado al poco rato jadeando y sudado de tanto correr. En un momento dado, miré hacia el bus y vi a Pablo allí, todavía acomodado en el asiento que habíamos compartido. En principio, pensé que no le habían dejado salir. Unos segundos después, su mirada contemplativa me dejó claro que no había querido abandonar su posición: observaba el paisaje con admiración. Pasarían años antes de que yo lo oyera decir que si uno contempla por largo rato un paisaje, la mirada se abisma progresivamente en él siguiendo un rastro obligado, casi una hipnosis. Y que solo así se entiende que el paisaje no es el territorio. También, decir que, cuando él pintaba, detenía el discurrir de sus pensamientos y sólo se dejaba llevar por el pincel. Solo después de ese acto sus ojos se convertían en un escrupuloso observador que reflexionaba. Era, según él, igual al acto de escribir: al hacerlo, no se lee. Primero ocurre la escritura, luego la lectura. Él explicó que elegía cierta gama de colores que conformaba la

gradación que él lograba ver. Por eso, prefería pintar a la hora en que la luz nacía o se apagaba, cuando era evanescente. Al escuchar aquello, supe que Pablo, ese día en el bosque, ya tenía una mirada de pintor.

La llegada de la adolescencia hizo a Chiuminatto y a mí personas distintas. Ambos en búsqueda de una identidad propia, acabamos en lados opuestos. Teníamos una edad que era la única que lográbamos imaginar y lo que discurría normal para uno encerraba una rareza para el otro. Él encontró su espacio siendo parte del Centro de Alumnos, en el Teatro y en el Coro. También, en organización de eventos y actividades extraprogramáticas. Era más amigo de mujeres que de hombres y no le costaba nada hablar con ellas, cosa que en otros compañeros producía cierta envidia. No iba de conquistador, sino de verdadero amigo. Su modo comunicativo e histriónico, italiano, le trajo también dividendos con los profesores. Era común encontrar a Chiuminatto conversando con ellos en los pasillos, o durante el recreo, y hasta los envolvía en conversaciones privadas durante la clase. Lo mismo con alumnos de cursos superiores en los recreos. Por mi lado, buscando amistades e intentando sobrevivir en el ambiente hostil de los adolescentes de la época, dediqué el tiempo que no era de estudio a sacar músculos. Trabajé para convertirme en un buen gimnasta de aparatos, en campeón de dominadas y, finalmente, terminé como bogador en la Canottieri Italiani. En los recreos jugaba al caballito de bronce, a chiflar, al ping-pong pared y otros juegos que tenían toda la misma característica: ser violentos. Pablo no se unía a estas actividades, ni a nada que tuviera que ver con deporte. Era pésimo en gimnasia, hacia la que tenía un comportamiento estoico. Ejecutaba todo mal, pero de manera consistente, con un ánimo trabajado para no decaer. Siempre me pareció que tenía pie plano, porque corría lento, como pato, con los pies mirando hacia afuera. Si nos tocaba hacer dominadas, él se colgaba de la barra con brazos estirados y se quedaba inmóvil esperando que el profesor le dijera que ya podía soltarse: sabía que no iba a lograr subir siquiera una vez su cabeza por sobre ese fierro. Si el profesor lo obligaba a jugar al fútbol, se posicionaba con la postura para hacer lo que sabía no ejecutaría bien. Adivinaba que iba siempre a ser el último elegido para un equipo y lo asumía sin un ápice de rencor. Los balones y Pablo definitivamente no se llevaban y, si alguna vez se unió al equipo de voleibol, fue solo porque allí tenía amistades con las que iba a socializar.

Cualquiera podría pensar que, con lo dicho, Pablo era un tipo delicado, o afeminado. No era así en lo absoluto. Irradiaba una imagen de caballerosa varonilidad. Era guapo y simpático, tenía buen porte y logró siempre negociar el uso de su pelo negro y crespo bastante largo, cosa que otros jamás conseguimos con cabelleras bastante menos voluminosas y más dóciles que la suya. Sus maneras

lo acentuaban como un alumno más refinado que el promedio y, pese a que se desentendía de participar en las actividades deportivas en que estábamos los típicos adolescentes de los años 80, jamás fue objeto de lo que ahora se llama bullying y que por entonces era algo poco acreditado y nada penoso. La personalidad de Chiuminatto impedía dar paso a aquello. Si te metías con él en alguna disputa de adolescente violento, la sanción que vendría después de su grupo de amigos, profesores y quilpueños iba a ser demasiado cara. Con todo, él mantenía una buena relación con los alumnos que estábamos más orientados a lo físico, jamás refutando las manifestaciones corpóreas y verbales de nuestra simplicidad.

Chiuminatto nunca habría sido parte de la anacrónica banda militar del colegio, en la que se ingresaba como pito, una posición humillante; se progresaba a corneta cuando se tenían más pulmones, y se finalizaba como tambor, ya a poco de egresar. Yo sí me sentí impelido a participar, con tal de sentirme parte de algo y ganar aceptación entre las pandillas de la Scuola. Como pito, tuve un conflicto por no cortarme los bigotes, cosa que no hacía por consejo, o más bien orden, de mi padre. Un mañana, comía mi *panino* durante el recreo y de pronto me levantaron entre diez, me llevaron al baño del patio y me sujetaron estirado de espalda sobre el piso de baldosas heladas. El gordo Z se montó sobre mí y sacando de su bolsillo una Prestobarba, me afeitó diciendo que la banda no iba a pasar por la vergüenza de tener un pito con bigotes. Yo me dejé hacer, temeroso de que, en el intento por cortar esas pelusas, me cortaran la cara. Realizada la acción, todos huyeron y yo pude levantarme y mirar mi rostro en el espejo. En realidad, mi aspecto había cambiado para bien. Al salir al patio, la mitad del colegio, enterado en segundos de lo ocurrido, se carcajeaba al verme. Recuerdo como si fuera hoy que Pablo y unas compañeras me llamaron a un rincón y dijeron que lo acontecido era inaceptable. Debía denunciarlo a la Dirección y ellos me iban a acompañar en ello. Ese tipo de cosas eran las típicas cruzadas que iniciaba Pablo y que lo habían llevado a ser parte del Centro de Alumnos. Me costó varios minutos convencerlos de que era innecesario. Yo deseaba sacarme el bigote y no lo hacía debido a una imposición paterna. Tuve que rogarles el no dar cuenta a la Dirección, porque me iban a quitar la felicidad de empezar a afeitarme y, además, ganaría enemigos en la banda. Pablo insistía y tuve incluso que decirle que él era lampiño y no sabía lo que significaba cargar con bigotes. Solo se detuvieron después de compartir conmigo su colación, porque el gordo Z se había comido la mía.

Como alumno sin bigotes, con esfuerzo y disciplina, progresé de pito a corneta. Lo increíble fue que Pablo, pese a su rechazo hacia la banda y su nula participación en ella, en cuarto medio fue elegido estandarte del colegio. Cargó la bandera italiana encabezando el desfile de la Scuola,

escoltado por Maite Ortiz y Silvana Sarrocchi, dos alumnas guapas de la generación. Como no requería tocar instrumento, solo participó en algunos ensayos y en la presentación ante las autoridades repantigadas sobre las escalinatas del Monumento a los Héroes de Iquique, en la Plaza Sotomayor del puerto. Pablo era pésimo para las matemáticas y las ciencias. Le costaban al punto de estar constantemente pidiendo ayuda a los que éramos buenos en eso y, por su puesto, a los profesores, que acogían bien sus preguntas. Tanto así, que desarrolló un vínculo cercano con Raúl Villalobos, el profesor de matemáticas, con el que se trataban casi como amigos. Por otro, lado, era bueno en Filosofía, Castellano y Artes. Quizá también en Historia, pero en esa asignatura, la retórica del profesor generaba una somnolencia generalizada. En Filosofía, prácticamente secuestraba la atención de Blanca Herrera, la profesora, con sus preguntas incisivas. Habríamos terminado *El arte de amar*, de Eric Fromm en la mitad del tiempo que nos tomó, si no hubiera sido por la avalancha de preguntas de Chiuminatto.

Creo que, durante la etapa del colegio, hubo solo dos instancias en las que sentí cierta comunión de intereses con Pablo. La primera ocurrió a través de la asignatura de Castellano. Bruno Barbagelata, un profesor lúdico y bromista, nos hizo leer durante tres años los ciento veintiséis capítulos del Quijote de la Mancha. Cada semana nos dictaba el equivalente a una plana de alguna parte de la sección que debíamos revisar para la clase. Eran todas palabras del castellano antiguo y la exigencia consistía en no cometer ningún error ortográfico, pues la nota era 7 ó 1, todo o nada. Durante ese período, si hubo dos alumnos que se fanatizaron con el Quijote, esos fueron Pablo y yo. Él iba con desventaja, porque además de daltónico, era disléxico, una condición aumentada por el bilingüismo, que él fue superando con los años. Cada semana el profesor llegaba con preguntas sobre el capítulo, para ver qué habíamos entendido y qué subtexto, si alguno, nos ofrecía esa lectura. Pablo era locuaz y yo callado, no por gusto, sino más bien por timidez. De manera que el profesor preguntaba y con frecuencia Chiuminatto opinaba. Cuando el maestro veía que yo, sonrojado, ebullicia mis ganas de añadir algo, me daba la palabra. Expuesto mi punto de vista sin el carisma ni el histrionismo de Chiuminatto, se abría la discusión al curso. Esa dinámica abrió paso a conversaciones que hicieron a ambos tomar un cariño especial por la narrativa. En definitiva, significó descubrir lo que fragua la literatura y que no amalgama la ciencia o la historia, ni tampoco la filosofía. Recuerdo en especial una oportunidad en que el profesor nos retó a hablar sobre la relevancia del vino en el Quijote. Y ahí partió un pimpón de ideas, lideradas por Pablo y yo, revisitando páginas para entender cómo Cervantes interpretaba el vino. Y, entusiasmados, nos acordamos del capítulo en que el Quijote toma vino a través de una pajita porque no logra quitarse

la armadura, quebrantando el rito del vino bien servido. Y, atropellándonos, el de la cena con los cabreros, en que toma vino desde un cuerno, el símbolo de la abundancia. Y también, el capítulo donde el Quijote lucha contra vasijas de vino, que para él, derramado, es la sangre del enemigo. Y yo recordé que don Quijote en otro punto cree sanarse con una pócima, que no es más que un vino mágico. Y luego Pablo, sintiéndose el filólogo del curso, habló de la ocasión en que Sancho compite con el señor narigudo, un experto en vinos, para entender lo ocurrido a un vino en mal estado. Y Sancho dice que el licor tiene un dejo a cuero, pero el experto lo refuta, porque le encuentra sabor a fierro. Y cuando vacían la cuba, encuentran una llave oxidada unida a una huincha de cuero. Y concluimos alegremente que Sancho Panza fue el primer sumiller de la Península. Y concluimos emocionados que, por seguro, Cervantes escribió el Quijote acompañado de un buen tinto.

Pero esos momentos de complicidad duraban lo que duraba la clase. En general, Pablo y yo no hablábamos.

En otro momento, el profesor nos retó a comparar la ruta del Cid del siglo XI con las tres rutas del Quijote del Siglo de Oro. Aunque personaje de ficción, todos los pueblos visitados por el caballero de La Mancha eran reales. Él nos preguntó qué pueblos habían visitado ambos en su respectivo tiempo. El profesor había hecho la ruta del Cid, solía mostrarnos unas diapositivas medio quemadas de su periplo y el tema le fascinaba. Me acerqué a Pablo y le ofrecí listar los pueblos de visitados por el Cid, que él examinara los visitados por el Quijote, y así podríamos lograr una comparación rápida. Él se negó a tomar el desafío calificándolo de ridículo e intrascendente. Tomé el reto solo y busqué locaciones por semanas en ambos libros. A medio camino, agotado y aburrido, me di por vencido y dejé de comparar. Cuando el profesor preguntó al curso, casi terminado el semestre, qué habíamos encontrado, levanté las manos y frustrado dije “nada”. El profesor dijo “correcto, no coincidieron en ningún pueblo”. En un primer instante, me sentí ganador, pero unos segundos después, estafado. Como era mi estilo, guardé silencio. Chiuminatto, en cambio, reclamó al profesor por la pregunta capciosa, comentando además que un mejor reto habría sido inquirir cuántas veces el Hidalgo de la Mancha menciona o se compara con el Cid campeador.

El otro momento de extraño acercamiento con Pablo ocurrió durante el viaje de estudio que hicimos a Buenos Aires y Bariloche. Mi padre tenía negocios de fotografía, por lo que los rollos de película abundaban y yo no temía gastarlos porque siempre habría más. La práctica me había

convertido en un buen fotógrafo y, cuando más me lucí, fue durante el viaje de estudio. Era la primera vez que salía del país, así es que disparé a diestra y siniestra, siempre buscando el lado artístico de la fotografía, desafiándome a encontrar la mejor composición y luz. Eso hizo que yo fuera un compañero silencioso durante el viaje, el individuo que se separaba del grupo ruidoso y lo fotografiaba desde los ángulos impensados, usualmente en momentos de descuido. Al poco rato, me di cuenta de que Pablo hacía lo mismo. También gozaba con la fotografía y tendía a separarse, quedar atrás o simplemente abstraerse detrás del visor de su cámara para encontrar la imagen o encuadre que lo sorprendiera. Con frecuencia nos mirábamos para chequear el uno con el otro si lo que veía uno lo veía el otro, o comentábamos sobre algunas tomas. Pablo seleccionaba cuidadosamente cada cuadro y disparaba la cámara solo si estaba seguro de que la imagen contenía lo que él buscaba. En cambio, yo lo hacía sin mayor reflexión: a mí los rollos me salían gratis. Al llegar de regreso a clases, me lucí mostrando las tomas. El resultado fue inesperado: unos me robaron fotos mientras se paseaban por mis álbumes y otros se las llevaron prometiendo pagarlas, pero nunca lo hicieron. Yo no tuve problema con ello. Valía más para mí el reconocimiento como fotógrafo que el dinero perdido. Saqué más copias. En varias de ellas, Pablo figuraba en alguna esquina manipulando su cámara. En su momento, él miró mis fotos y me felicitó por ellas. Me pidió solo una que le regalé sin mayor reparo: era un paisaje en la Isla de Los Arrayanes, sin personas. Por otro lado, nunca vi sus fotos. Recuerdo que un día, sentado en las escalinatas a la salida del colegio, se me acercó Gabriela, su hermana, y pidió ver los álbumes que yo tenía bajo el brazo. Después de revisarlos, preguntó si podía venderle tres fotos en que estaba Pablo. Ella era bonita y fue inevitable para mí decirle que se las regalaba. Abrió los ojos muy grandes y, hojeando de nuevo los álbumes, saco siete más y preguntó si se las regalaba también. Se las di, claro.

Terminado el colegio, vino la Universidad. Buena parte del curso ingresó a las casas de estudio de Valparaíso. Como la mayoría de mis compañeros, elegí ingeniería. Todos creíamos que Pablo seguiría Derecho, como su padre. En cambio, se fue a Artes Plásticas en la Universidad de Playa Ancha. A pocos meses de haber ingresado, supimos que se había retirado. Circuló entre nosotros la extraña noticia de que Pablo se había marchado a Santiago y estaba pintando en la Plaza de Armas. Cuando lo supe me reí y acusé una broma. Pero mis compañeros insistían en que era cierto. Repetían que Chiuminatto se había convertido en pintor de plaza.

A partir de la salida del colegio, mi visión sobre la vida de él se convirtió en una nebulosa. A diferencia de la mayoría del curso, que continuó acomodado en su dormitorio de adolescentes y controlados por sus padres, Pablo se marchó y sumergió en la vorágine santiaguina de los 80's. Allí



se mezcló con artistas contestatarios e inició una vida bohemia, en cierta forma subterránea y secreta a los ojos de sus compañeros de colegio. Desde la provincia, todo en relación con Chiuminatto se volvió confuso y una especie de comidillo. En tanto nos ocupábamos de sacar nuestras carreras, ajustándonos a las reglas universitarias, la vida de Pablo transcurría por el camino autodidacta. Descubrimos que lo de pintor de plaza era una mentira pueblerina y que él empezaba a ocupar un espacio relevante en el acontecer artístico, ganando espacio en exposiciones. No solo eso, pues pronto supimos que era parte del Taller 99 de Nemesio Antúnez. Pablo respiraba un ambiente profundamente artístico y emancipado donde se desenvolvía con atrevimiento mientras sus excompañeros vivíamos la escolaridad universitaria o el inicio tímido como desmañados egresados en el mundo laboral. No lo vi siquiera una vez durante ese tiempo. Su vida de artista en Santiago no tenía nada que ver con mi quehacer, ni siquiera cuando salí de la universidad y me mudé también a la capital. Recuerdo que en una reunión de excompañeros, escuché que su obra era rara, inaudita y hasta degenerada. Por supuesto, quien lo comentó no tenía idea de pintura. Sin yo tampoco entender gran cosa, durante ese tiempo, tuve la oportunidad de ver una de esas pinturas. Descubrí en ella un impulso de desarrollo hiriente, neurálgico, en colores radicales y apremiantes. Vi la representación de una figura antropomórfica desnuda y simple, un cuerpo escabrosamente contorsionado, en un afán exasperado por adentrarse en sí mismo, que me impulsó a pensar en algo así como el auto canibalismo. No sé si me gustó su arte, pero sí puedo decir que en ningún caso me dejó indiferente. La pintura de Pablo que tuve ante mis ojos me comunicó padecimiento y un cierto rito de metamorfosis. Quedé por largo rato preguntándome cosas, algunas de ellas de corte baladí y otras algo más profundas. Supongo que eso logran las buenas obras de arte.

En 1997 partí a trabajar y estudiar a Londres y, con la internet todavía en pañales, me distancié de Chile. Recuerdo los primeros seis meses allí como los días más oscuros de mi vida. Un exilio autoimpuesto que se convirtió en una noche eterna y fines de semana en que no era capaz de salir de la cama. Necesité seis meses para salir de ese hoyo. Salimos de la oscuridad más firmes y, quizá, más auténticos. Sin saberlo yo, en ese período, esa misma noche que me tragaba, si bien en otras latitudes del vivir, también ensombrecía los días de Pablo. Por muy absurdo que parezca, para todos hay una única tiniebla.

A los treinta años, forjé una identidad nueva, amparado por una cultura y entorno distintos. Se acabaron las grandes ambiciones profesionales, perdieron importancia los estudios y ganaron la bohemia, los viajes y las locuras veinteañeras que yo, un rezagado, viví a los treinta. Había ganado

en mí la literatura por sobre la academia, la emoción por sobre el conocimiento, la seducción por sobre el análisis.

Regresé a Chile siete años después y fue entonces cuando me enteré de que la vida de Pablo también había pasado por una crisis. Mientras yo a los treinta despreciaba la academia y me volvía un vago, él a esa misma edad se alejaba de su vida de artista para asumir estudios universitarios formales que lo llevarían a convertirse magister y doctorado en estética. Se decía que ya no era pintor, sino académico. Más de alguno de sus colegas pintores criticó que Chiuminatto se había vendido al sistema dejando atrás al artista.

Me reencontré con Pablo el 2009, cuando él venía llegando de una estadía en Lecce para estudios sobre las obras de Descartes. Le pregunté qué lo había llevado a abrazar la academia. Me habló de la soledad del pintor y su obra y de la necesidad de estar con otras personas. También, me explico que no había abandonado la pintura y que era limitante aquello de ponerle título a la gente. Se podía ser pintor y académico de la misma manera que se podía ser abogado y bombero, o médico y tarotista. Insistió en el valor de lo interdisciplinario para lograr llegar más lejos en el arte, el conocimiento y la cultura. Yo le conté de mi interés por la juventud de O'Higgins en Europa y él me platicó de María Graham. Juntos, trazamos una línea de tiempo tratando de entender si esos dos se pudieran haber cruzado en Inglaterra antes de encontrarse en Chile. Y lo mismo con Lord Cochrane. Él era muy bueno en eso: vinculando eventos, ideas y replanteando miradas. La mayoría de las veces, sin solucionarlas o tener repuesta final, dejándote pensativo ante una nueva encrucijada. Poco después, ya no recuerdo cómo, nos encontramos con un grupo en Providencia y en esa oportunidad le regalé mi libro *Tapia*. Ahí me contó de Sole, su pareja, y de su trabajo en la Facultad de Letras de la UC. El 2013 fui al lanzamiento de su libro “René Descartes, el método de las figuras”. Me di cuenta de que él gozaba el contacto y la conexión con la audiencia presente ese día en el GAM. Y que ese goce era para él quizá más grande que el mismo acto de escribir. Me hizo sentido lo que él había dicho de la soledad del pintor, el que disfrutara como profesor y que prefiriera la escritura de libros a cuatro manos. Después de leer aquel texto, el producto de su estadía en Lecce, sentí vergüenza de haberle pasado mi descocado libro *Tapia*. La suya era una investigación seria de intelectualidad apabullante, mientras que lo mío era una ficción que estaba en las antípodas. Lo contacté para felicitarlo por ese texto y me dijo que no necesitaba comprar sus libros, que solo se los pidiera y me los hacía llegar. Le dije que eso de “regalar libros es regalar cultura” iba a matar a las editoriales antes de crear nuevos lectores. Me respondió que el espacio físico que ocupan los libros había que pagarlo. Por esos días, él estaba complicado con una mudanza

en que los volúmenes de su editorial Orjikh más la biblioteca personal generaban una crisis de bodegaje.

El 2014, a través de Instagram o Twitter, no recuerdo bien, Chiuminatto publicó que estaba leyendo mi novela Señales del Dresden, lo que me alegró. No supe si le gustó o no, pues no recuerdo que me haya hecho algún comentario.

El 2015 fui a su exposición Paisajes de Estudio y él me lo agradeció. Ahí me enteré de que, al igual que yo, había tenido un hijo de una edad muy parecida a la del mío. Sí, dos tipos que parecíamos incompatibles con el concepto clásico de familia, finalmente habíamos tomado esa ruta cuando caminábamos hacia los cincuenta.

El 2018 apareció El Quijote, una versión abreviada y adaptada al español de América, coordinada por él y dedicada a su hijo Franco. Cuando la tuve en las manos, no pude evitar emocionarme sobre esas páginas. Lo imaginé igual de entusiasmado que en los días de Scuola, entregado a esa tarea titánica de revisión, quijotesca en el más alto sentido de la palabra, incluso rememorando capítulos discutidos con nuestro profesor de Castellano. Adiviné el rostro descompuesto de los más connotados académicos negándose a participar en tamaña locura y adiviné el esfuerzo de Pablo para convencer a sus mejores alumnos de embarcarse en aquel proyecto de largo aliento. Capturé la intensidad, la pasión desplegada para sacar el texto adelante durante cuatro años Y luego también lo vi, esta vez con mis ojos en youtube, presentando la adaptación en el Observatorio Cervantes de la Universidad de Harvard. Encontré alucinante cómo había ahondado en el Quijote después del colegio. Esos riachuelos de narrativa que lo emocionaban en la niñez lo habían conducido a un océano literario.

Durante la pandemia, seguí su podcast Libro&Libros. Fue raro acercarse a las entrevistas y a los temas que le importaban a Pablo sin realmente acercarse a él.

En diciembre 2024 se organizó una junta del IV B 1983 de la Scuola. Me inscribí para participar y Pablo también lo hizo. A última hora, por asuntos de trabajo, no pude llegar a la reunión. Lo lamenté en especial porque quería hablar con él de sus podcats, del Quijote, de un libro suyo de la Patagonia, que tenía temas que yo tocaba en mi última novela y, en fin, me hacía ilusión verlo. Lamentablemente, la oportunidad se perdió.

Tres meses después, cuando ya terminaba el verano y sin mediar aviso alguno, Pablo se despidió de este mundo. Recibí la noticia de que su corazón, que tanta pasión había entregado durante

sesenta años, se había detenido sin darle explicaciones a nadie. Un vacío incontestable lo inundó todo.

Observo las fotografías de nuestro curso de la Scuola. Siempre estoy a un lado de Pablo, a su derecha. Me gustaría decir que siempre nos fotografiamos el uno al lado del otro porque éramos amigos. Pero no. Así se tomó la foto cuando egresamos porque éramos de la misma estatura, y así nos seguimos fotografiando cada año que el curso se juntaba. O sea, no existe una amistad perdida y no me corresponde ninguna nostalgia. Tampoco existe un camino para volver atrás. Menos, una tribulación clara hacia cosas que debí haber hecho y no hice. Entonces, ¿por qué me afecta tanto su muerte? ¿Acaso porque deja atrás a un núcleo familiar igual al mío? ¿O porque tenía cosas que decirle y no le dije? ¿O quizá porque a través del avance pausado de los años fue creciendo mi ilusión de que seríamos amigos? Él gustaba de jugar con las paradojas. Lo suyo no era necesariamente encontrar respuestas, sino el evitar acomodarse, como si la verdad fuera un caballo desbocado que en algún momento nos llevaría a otra parte. Aquí, en este su último acto, me dejó buscando una respuesta al sinsentido.

Pablo fue un niño con el que conviví y un hombre al que observé de lejos. Un niño dentro de un hombre original y un hombre dentro de un niño inteligente. Lo recuerdo en la Scuola llevando la contraria por el puro placer de discutir, llamar la atención o descolocar, intuyendo que detrás de cada conflicto hay una semilla de conciencia germinando. Lo recuerdo tomando el lápiz al escribir de esa manera tan suya, con el puño cerrado, como escriben los zurdos, aun siendo diestro. Y pienso que la única verdad imperiosa de lo que he escrito es que lo recuerdo como un alma que aprendió a habitar su propia piel. En mi cabeza está él de alguna manera que me cuesta entender, marcando mi vida, sumando, siempre sumando, aunque no logre saber por qué. El escribir sobre Pablo es como dar vueltas frente al orificio de una puerta clausurada. Con esfuerzo, apenas consigo atisbar el interior. Ese haz de luz aclara la oscuridad que se genera al saber que ya no está, pero de forma tan breve que solo hay una intuición, ninguna visión. Y además, se cumple eso de que cuanto más uno se acerca a lo esencial, menos puedes nombrarlo. Por eso, creo que lo único adicional que puedo decir sobre Pablo es que su partida me deja en silencio, discurriendo esta pérdida inexplicable y digiriendo una sola gran certeza: nunca fui su amigo, pero mi corazón grita que deberíamos haberlo sido.